

Lecturas sobre Centroamérica

Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ

Desde que redacté, hace ya más de quince años, mi tesis doctoral sobre la Iglesia guatemalteca en los años de la Guerra Fría, he intentado mantenerme al tanto de lo que sobre el istmo centroamericano se escribe y lo que en él sucede; de la misma forma, muchas veces he tenido la tentación de recuperar aquella investigación y rehacerla. Fruto de estos intentos y tentaciones, han llegado a mis manos en las últimas fechas varios libros sobre Centroamérica, que reflejan, en una mezcla compleja, la tragedia, el compromiso, los errores políticos y el suicida entusiasmo revolucionario. Esta mezcolanza despierta en mí sentimientos semejantes a los provocados por el conflicto árabe-israelita, donde, como en Centroamérica, la situación se complica al confluir conflictos sociales y regionales con el enfrentamiento planetario entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Cuando hace unos años coincidí con un periodista en un coloquio sobre Palestina, tuve la sensación, con independencia de múltiples coincidencias, de que hablábamos de dos cuestiones completamente distintas. La profesión de mi compañero de mesa le llevaba a multiplicar los ejemplos moralizantes, las condenas (no todo lo generalizadas que habría sido deseable), las llamadas a la solidaridad, la comprensión hacia el sufriente, hacia la víctima... en último término, se trató de una llamada de atención contra la barbarie. Tuve que darle la razón en muchas cosas, pero mi discurso giraba en otra dirección: sin olvidar la denuncia, creo fundamental explicar los orígenes de estas situaciones trágicas, ya sea en Palestina o en Centroamérica. Esta convicción despertó mi interés por la obra de Carlos Sabino, no tanto por incidir en cuestiones que, normalmente, otros especialistas dejan en un segundo plano, sino, fundamentalmente, por plantearse, quizás involuntariamente, la pregunta de *cuándo perdimos el tren*. En esa línea y, en general, con mayor éxito, se sitúa la obra de Gilles Bataillon. Muy distintos son los otros libros que me ocupan: las memorias de un hombre admirable y controvertido, Fernando Cardenal; esa especie de biografía autorizada de un misionero anónimo —aunque no tanto— que ha escrito Carlos Santos y la espeluznante investigación periodística de Francisco Goldman sobre el asesinato de monseñor Juan Gerardi. Por último, Casas Andrés hace, al tiempo

que una investigación interesantísima, un esfuerzo ingente por alejarnos de la desesperanza.

El profesor Carlos Sabino —actualmente en la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala— nació en Buenos Aires, en 1944, y comienza reconociendo que este hecho, junto a no ser profesionalmente historiador, le hizo dudar de la conveniencia de escribir *Guatemala, la historia silenciada*. Afortunadamente superó sus dudas. Se centra en torno a tres cuestiones: el deseo de estudiar muy especialmente la guerra civil, en la medida en que podemos denominarla así, que se inicia en los años sesenta y, por eso mismo, sus antecedentes; la concentración del esfuerzo en la historia *política* inmediata, sostenido en fuentes hemerográficas y entrevistas, y, por último, como el título de la obra pretende destacar, incidir en lo que otros han ignorado.

Comienza el trabajo con la caída de Ubico, alentada por los ideales que legitimaban por entonces la Guerra Mundial. Desde entonces destaca como protagonista central el ejército, que, señala Sabino, *no era una corporación que gobernase a la sociedad como desde fuera, sino la única institución que mostraba una disciplina y coherencia suficientes como para desempeñar muchas funciones políticas indispensables*. Un ejército, por lo demás, *muy pequeño*, del que escribe: «No se trataba en sí de representantes institucionales de la fuerza armada o de personas que ejerciesen el poder en su nombre. Lo que ocurría, en cambio, era que el ejército, como institución vertebral de un país en que la sociedad civil no había alcanzado a desarrollarse y articularse en forma plena, producía los líderes que —a título personal a veces o como representantes de ciertas fuerzas políticas en otros casos— eran proyectados al ruedo político como potenciales candidatos y llegaban a veces a convertirse en presidentes».

En torno a estas afirmaciones cabría preguntar si no sería conveniente relativizar la pequeñez del ejército, considerando el alto porcentaje de población indígena, no sólo desde una perspectiva racial, y, por otro lado, si se puede afirmar la participación individual de estos líderes militares, cuando, gracias al funcionamiento de unos sistemas electorales fraudulentos, en todas las elecciones desde 1944 hasta el golpe de Peralta, el ejército fue determinante en la designación del vencedor y, posteriormente, la inmensa mayoría de los candidatos de los partidos políticos fueron igualmente militares. Es decir, el ejército es heterogéneo, en su interior se manifiestan disputas entre diversas familias, pero, sobre todo, es un aliado indispensable en el acceso al poder, probablemente por la fragilidad

misma de las estructuras estatales, y coarta la libertad de todas las fuerzas políticas imponiendo objetivos castrenses en sus programas.

Continúa Sabino desmitificando esos *diez años de primavera en el país de la eterna dictadura*, mito que si no forma parte del discurso historiográfico de la mayoría y, aisladamente, casi todo lo que señala Sabino encontraría numerosos avales entre los historiadores, si forma parte de la cultura política guatemalteca y, aunque sólo fuera por esto, ya valdría la pena leer *la historia silenciada*. Avanza el autor en orden cronológico por todos los grandes problemas políticos de la Década Revolucionaria a excepción, quizás, de las conflictivas relaciones entre la Iglesia católica y los gobiernos de la Junta Revolucionaria, de Arévalo y de Arbenz. Se detiene en la trágica matanza de Patzicía y en su silenciamiento, que manifiesta la brutal indiferencia hacia el indígena que caracterizó esa revolución. Señala, y esto es de sumo interés, cómo las primeras elecciones se celebran con prisa, probablemente por miedo a la división del movimiento, pero al hacerlo se favorece la candidatura de Arévalo —un emigrante, que no exiliado—, dificultando la coherente organización de las fuerzas responsables de la Revolución. De este modo, la constitución resultó inadecuada. No representó al conjunto del país político y, quizás por las prisas, no aseguró con claridad los principios liberales, ignoró las justas demandas de la Iglesia e institucionalizó la bicefalia militar. El hecho de que Jacobo Arbenz fuera ministro de la Defensa y Francisco Javier Arana, jefe de las Fuerzas Armadas no es sólo una división personalista, sino institucionalizada por la Constitución y, como bien se señala, una llamada a la división política de las Fuerzas Armadas.

La Revolución de 1944 fue una revolución en tanto que acción violenta para instaurar un nuevo régimen que contó con una participación popular, amplia, deliberada y sostenida, y conciencia en los actores principales de que era preciso enrumbar al país hacia nuevas metas. Una revolución exclusivamente capitalina que no fue capaz de convertirse a la democracia, como se manifiesta, con mayor gravedad, aunque no exclusivamente, en el asesinato de Arana, no menos terrible por chapucero; asesinato que salpica, sin duda alguna, al propio Arévalo. Desde mucho antes Arévalo se comporta como un revolucionario que recurre, con frecuencia, a la suspensión de libertades, a la represión y la multiplicación de actitudes arbitrarias, y un gobierno que se siente y actúa revolucionariamente, no puede garantizar la democracia.

Una vez eliminado Arana, el acceso de Arbenz al poder está asegurado. Sabino considera poco menos que innegable la filiación comunista de Arbenz, pero

a mí no me resulta tan evidente. Si así fuese, ¿por qué en mayo de 1949 estaba Arbenz dispuesto a ceder la presidencia a Arana? Esta cesión, que detalla Sabino, sólo tiene sentido si la insertamos en un conflicto de dos caudillos con ambiciones personales políticamente compatibles; no lo tiene, en modo alguno, si se trata de la posición doctrinal de un filocomunista. El estudio de la reforma agraria es, por otra parte, el punto débil de la obra de Sabino. Parece una cuestión menor en el panorama político de la presidencia de Arbenz. No creo que lo fuera si se trata de reorganizar a la población indígena, marginada, pero electoralmente de suma importancia; más cuando, como reconoce Sabino, el ejército es fundamental en todas las elecciones. Teniendo esto claro, cobra sentido el proyecto de llevar la *revolución* al campo e incrementar el control estatal sobre la tierra. Creo que es fundamental preguntarse, y Sabino no lo hace, en qué medida, de haber triunfado la reforma, se habría debilitado el control, no sólo electoral, del ejército sobre las masas campesinas.

Es cierto que en lo referente a la Liberación ni la CIA, ni la Guerra fría, ni la *Frutera* lo explican todo, pero es más importante insistir en que la acción de Castillo Armas fue detonante del movimiento militar que, realmente, derrota a Arbenz. De este hecho surgen los conflictos posteriores entre las fuerzas armadas y Castillo Armas, que llevan al asesinato de éste, otro de los numerosos crímenes de Estado que se encadenan entre Francisco Javier Arana y monseñor Gerardi.

Castillo Armas, en modo alguno un mero reaccionario, e Ydígoras fracasan en sus respectivos, y muy diversos, esfuerzos políticos y, de este modo, sobre el fondo de la Revolución cubana —factor de radicalización de izquierdas y derechas, que frustra en toda América muchos proyectos moderados— y las primeras manifestaciones, aún ridículas, de la guerrilla, la incapacidad de las fuerzas políticas del interior de responder a la amenaza representada por Arévalo que, en las elecciones de 1963, tiene todas las de ganar, provoca el golpe de Peralta Azurdia.

Con esta acción militar termina la primera parte (la más valiosa) de la obra de Sabino. Con la segunda no podemos estar tan de acuerdo. Insiste, con razón, en la condición desarrollista y modernizadora de todos los gobiernos que suceden al de Peralta. No nacen de una acción democrática, pero tampoco propiamente dicho de un golpe militar, son más bien fruto de un acuerdo previo entre las fuerzas políticas, un amañeo electoral, una victoria en las urnas insuficiente y una elección por parte del Congreso y, con las implicaciones ya señaladas, la inmensa mayoría de los candidatos y de los presidentes son militares.

La guerrilla queda reducida a grupos armados que intentan tomar el poder para destruir el sistema, ante los cuales el ejército reacciona como cabe esperar. Es cierto, como señala Sabino, que no es posible sostener, sin más, que la guerrilla proviene de la pobreza. No lo es tanto que esto no provea el caldo de cultivo propicio para el surgimiento de organizaciones revolucionarias y, mucho menos, es posible simplificar el origen del problema afirmando que «un importante segmento de la juventud decidió seguir la vía armada para acceder al poder, y en lugar de fortalecer la democracia económica política, lucharon y ofrecieron sus vidas para imponerle a Guatemala un régimen socialista-comunista y la dictadura de un sector sobre otro». Desde esta posición, Sabino insiste en reducir la brutalidad del ejército: aceptando excesos por ambas partes, lo casos concretos que analiza —el asesinato de Manuel Colom Argueta, la matanza de Panzós o el asalto a la Embajada de España— transmiten una imagen de *no fue tan grave, no pudo ser de otra forma o se ha exagerado*. Quizás es aún más llamativo restar importancia a la huida al extranjero del vicepresidente Francisco Villagrán Kramer, en desacuerdo con el gobierno de Lucas García.

Sabino explica la guerrilla a partir de un empuje exterior (agitadores, propaganda, Guerra Fría), pero, como señala Bataillon, este empuje puede agravar el conflicto pero no originarlo. Dentro del impulso externo al conflicto, dota Sabino a la Iglesia católica de un gran protagonismo. Cuenta la conocida historia de Thomas y Marjorie Melville, pero no se establece su influencia real sobre el conjunto del clero, que, en comparación con otros países americanos, se compromete tibiamente en política. Es muy significativo que entre el capítulo XII (el fracaso de la guerrilla en época de Peralta) y el XIV (la recuperación de la ofensiva guerrillera) se introduzca el XIII, donde se plantea la nueva posición de la Iglesia, que aparece (junto a los estudiantes y a la política de Carter) como responsable de la radicalización de la acción guerrillera y de la guerra. Estudia el detalle de lo significado por la política de Carter que fortalece a la guerrilla, al debilitar al ejército, y moviliza a los opositores, al deslegitimar al sistema de poder guatemalteco. Igual sucede en Nicaragua y El Salvador, pero en Guatemala con resultados más trágicos, aunque Sabino no lo ve así (recordemos el subtítulo expresivo de la segunda parte de su obra).

Aparte de reconocer el esfuerzo meritorio por aquilatar las cifras auténticas de muertos, lejos de los abultados 250.000 que con frecuencia se invocan, cabe terminar haciéndose algunas preguntas: no hay duda de que la población campesina fue cogida entre la brutalidad de dos fuegos, el militar y el guerrillero, pero es importante saber hasta qué punto es aceptable el equilibrio que Sabino plan-

tea frente a los dos bandos; ¿cabe considerar este conflicto como una guerra civil?; ¿es cierto (en ello insiste mucho el autor) que la inmensa mayoría de los guatemaltecos no vivieron un ambiente de guerra ni sintieron, la mayor parte del tiempo, que la guerrilla pudiera ganar? Y, de ser así, ¿por qué el ejército insistió machaconamente en la peligro de este triunfo? Por último, las dos fuentes principales de esta investigación: la prensa y la memoria oral no dejan de introducir deformaciones graves: la prensa, acaso, ¿lo cuenta todo? (el mismo autor reconoce que muchos actos de violencia pueden no estar recogidos y, además, muchos protagonistas pueden ser silenciados) y ¿la acumulación de recuerdos es, en principio, garantía de veracidad?

Insisto, la obra de Carlos Sabino merece leerse, entre otras cosas, para superar las simplificaciones que encabezan, por ejemplo, el libro de Goldman, que escribe: «La guerra había sido el resultado de un golpe de Estado planificado por la CIA en 1954». Más valioso es el primer volumen; interesante el segundo por el esfuerzo desmitificador, pero nos deja sin respuesta a una pregunta esencial: ¿por qué la guerra? Un esfuerzo meritorio en este sentido ha realizado Gilles Bataillon. Parte de regímenes políticos no democráticos pero basados en la transacción entre grupos rivales heterogéneos, y de acuerdo con Sabino, rechaza que los sistemas políticos centroamericanos sean meros regímenes autoritarios e invoca el factor modernizador de las fuerzas armadas o, por lo menos, de parte de ellas. Podríamos sintetizar la aportación de Bataillon considerando, en primer lugar, su aproximación crítica a tres tesis muy repetidas: la *teoría de la dependencia*, señalando que, siendo cierto el empeoramiento de las condiciones de vida de muchos, «por mucho que se agrave una situación de miseria, nada permite afirmar que por sí misma constituye un factor de rebelión, también puede ser un factor de apatía», puede ser conveniente considerar junto al factor miseria, la percepción de la injusticia nacida de corrupción, incapacidad del Estado, arbitrariedad, etc.; la ineficacia del sistema para absorber los *inputs* sociales y transformarlos en *outputs* genera radicalización política (por ejemplo, los fraudes electorales expulsan del sistema a muchos que, en principio, no habrían recurrido a la lucha armada), y el influjo exterior, que, como ya señalé, no puede ser «causa» de las movilizaciones, las agrava, pero no las explica. Relativizadas estas tres hipótesis, en segundo lugar, Bataillon considera la existencia del desarrollo y la modernización, otorgando al Estado un papel central (sobre todo desde la crisis de 1929), que alienta un modelo desarrollista y una aspiración democrática, que se refleja en crecimiento económico, legislación social, posibilidad mayor de sindicarse, multiplicación de los actores políticos y sociales, penetración de los mecanismos de mercado en las comunidades agrarias, etc. De este

modo habla de sociedades injustas pero no inmóviles, de cómo no por inducidas desde arriba esas mutaciones dejan de ser aprovechadas por las clases subalternas para abrir paso a sus propias reivindicaciones (esto cabe decirlo de la acción del Estado, de las organizaciones sindicales, del actuar de las Iglesias, etc.); de cómo hay que considerar las mutaciones objetivas (crecimiento económico, urbanización, incremento demográfico) y otras difíciles de cuantificar (germinación de un sentimiento igualitario, nueva percepción del ámbito político, etc.) y, además, con gran acierto, insiste en que las mutaciones son resultado de acciones humanas.

En un tercer momento, partiendo de un hecho: «... hasta ya muy entrado el año 1977 en Nicaragua, y hasta 1979 en El Salvador y en Guatemala, las guerrillas son un fenómeno marginal, y nadie, fuera de sus propios militantes, las creen capaces de una victoria militar», considera dos conceptos claves: *cultura política*, una preinterpretación lógica de la vida en sociedad que se convierte en criterio de inteligibilidad de las relaciones sociales, y *contexto*, el conjunto de circunstancias que favorecen o no la posibilidad de ciertas acciones, la combinación de esas acciones, que da nacimiento a nuevas áreas de tensión y de inestabilidad, y la rivalidad entre los actores por imponer un sentido a lo que ocurre, el cual, a su vez, será parte del contexto. Desde esta definición, establece como primer nivel detonante de este contexto lo significado por la política estadounidense de Carter (1977), el infarto que, en 1977, sufre Somoza y, para El Salvador y Guatemala, la Revolución sandinista (1979).

Por último, analiza comparativamente los tres países, reconociendo las interrelaciones entre las diversas experiencias, algo que para el caso guatemalteco es capital. Para Guatemala tienen tanto peso como para Nicaragua o El Salvador la política de Carter y el impacto del terremoto (además del fracaso de la recuperación de Belice), pero el triunfo sandinista, primero, su evolución totalitaria, después, y el asesinato de Monseñor Romero, por último, hacen que se radicalicen las posturas militares y guerrilleras, que el resto de la oposición sea masacrada y, no sin relación con esto, silenciada, por lo cual —habría que preguntarse a qué precio— el *dominó no cayó*.

En este nuevo *contexto*, ¡qué lejos están de la obra de Gabino las memorias de Fernando Cardenal!, sobre las que tanto dice su título: *Junto a mi pueblo, con su revolución*. Cardenal, si hemos de creerle y no hay ninguna razón para no hacerlo, no las ha escrito por propia iniciativa, sino a petición de otros, de algunos jóvenes estudiantes jesuitas. Debemos agradecerles un libro interesantísi-

mo, desde su primera página, para conocer la historia reciente de Nicaragua e, incluso, la de muy buena parte de Iberoamérica, para entender el origen y el discurrir de los movimientos católicos de *liberación* y, no en menor grado, el sentido y los efectos del compromiso.

Todo se origina en la toma de contacto con la pobreza y en la creciente convicción —alimentada por la lectura de los documentos del Concilio y de la Conferencia de Medellín— de que las formas tradicionales de asistencia y ayuda son insuficientes. Una vez comenzado el proceso, no es fácil invertirlo. Si leemos las memorias de Fernando Cardenal vamos observando cómo profundiza en su compromiso y cómo sólo al final tiene cierta capacidad para valorarlo. Siendo vicerrector de estudiantes de la UCA, en Managua, su cargo le lleva a participar en las reivindicaciones, primero en el ámbito universitario y luego en el nacional. Del mismo modo, su intervención política, que al principio ha pretendido alejar a los jóvenes de la que para muchos se presenta como la única salida —la guerrilla—, le termina convenciendo de que es necesaria la lucha armada para acabar con la dictadura. Señala que en esta evolución le ayudó mucho la encíclica *Populorum progressio*, que vio retratada Nicaragua en la excepción que señalaba el Papa. Pensó también en la teoría *tomista* sobre la legítima defensa y en las pocas ocasiones en las que la Iglesia (señala la excepción de Juan Pablo II en la guerra de Iraq) se expresa claramente contra las guerras de los poderosos.

El encuentro de los *revolucionarios cristianos* con los marxistas no es fruto del azar ni de una conspiración planetaria del *Imperio del mal*. Son conocidas las afinidades entre el catolicismo y el comunismo. Se ha postulado que esas afinidades no son extrañas al desarrollo de poderosos partidos comunistas en los países católicos latinos, mientras que el protestantismo parece poco propicio para el arraigo de la ideología marxista. El catolicismo ejerce una fuerte influencia sobre las actitudes y los valores de los marxistas revolucionarios centroamericanos, cabe vincular esta influencia al origen católico de algunos líderes de la revolución que, al mismo tiempo, se dejan atraer por aquellos que se han rebelado contra las jerarquías eclesiales. Pero, al mismo tiempo, el marxismo ortodoxo americano se resiste a la entrada de estos en los movimientos revolucionarios, y no deja de criticar planteamientos, místicas y terminologías como las de Sergio Ramírez en su obra *Nicaragua, confesión de amor*, o de Tomás Borge, fundador marxista del FSLN y ministro del Interior, aferrado al culto a los muertos, a las citas bíblicas y coleccionista de crucifijos. Al asumir el Ministerio de Educación, señala Cardenal, «me encontré con la desconfianza de algunos sandinistas, nacida de mi condición sacerdotal».

Cardenal siempre insiste en la originalidad del sandinismo, en relación con cualquier otro movimiento marxista, en lo referente a la cuestión religiosa. Si Carlos Fonseca Amador, fundador del Frente Sandinista, creía absurdo e imposible que los nicaragüenses se hicieran ateos, y esperaba que los cristianos se hicieran revolucionarios, y sabía también que el Frente no podía derrotar en solitario a Somoza, la posición de Cardenal no es menos significativa: «Esta revolución, escribe, se va a producir o con nosotros los cristianos, o a pesar de nosotros, o contra nosotros y es muy importante que se produzca con los cristianos, es decir, con los valores del Evangelio... Algunos me decían que íbamos a ser utilizados como tontos útiles... Yo les aseguraba que tenía confianza en los dirigentes revolucionarios que iba conociendo, pero además, muy radicalmente, les expresaba que yo prefería ser un *tonto* que fuera utilizado para cambiar las injustas estructuras económicas y sociales de Nicaragua por otras más justas y fraternas que ser muy *sensato* y quedarme en mi casa sin hacer nada para cambiar la inicua realidad en la que vivía la mayoría de la población».

La ambigua relación de la Iglesia con el sandinismo está presente en toda la obra: Oscar Romero propuso colaborar activa y críticamente con el sandinismo; el 2 de junio de 1979, en plena guerra, los obispos reconocieron la legitimidad de la insurrección y, al día siguiente de la victoria, la Iglesia aparece junto a los vencedores; cuatro sacerdotes fueron ministros sandinistas; un amplio sector de la Compañía no disimuló su simpatía hacia éstos; todos los colegios católicos del país colaboraron en la cruzada de alfabetización, etc. Pero, sobre todo por la evolución del sandinismo en el poder, el enfrentamiento intraeclesial fue inevitable; Cardenal lo reconoce y lamenta.

Termina sus memorias explicando las razones del fracaso sandinista en las elecciones (mantenimiento del servicio militar obligatorio, corrupción, etc.); señalando que no sabe economía como para entender si las decisiones en este sentido fueron acertadas o no; contando las razones de su abandono del Frente Sandinista y su retorno a la Compañía (único caso de reingreso de un expulso en la historia de la Compañía). La profunda religiosidad del padre Cardenal aparece en numerosas ocasiones a lo largo de sus memorias: el reconocimiento de la deuda (muchos tipos de deudas) contraída con su orden o la defensa (en modo alguno basada en la libertad de acción u otros planeamientos estratégicos semejantes, sino en una reflexión sobre el amor) del celibato.

Es evidente que la presencia de sacerdotes extranjeros en la Teología de la Liberación responde al alto número de sacerdotes extranjeros que conforman el

clero que trabajan en Iberoamérica y a la profunda diferencia entre sus lugares de origen, su formación y sus expectativas y la realidad a la que se enfrentaron. En este sentido, es interesante, entre otros muchos, el caso del misionero español Luis Gurriarán López, formado en los seminarios de la España de postguerra, sin una especial preparación para la tarea que se le iba a encomendar y, en consecuencia, profundamente transformado en el encuentro con la realidad americana.

Los acuerdos de paz promovieron en Guatemala la creación de una comisión de la verdad apoyada y financiada por la ONU, pero muchos activistas de los derechos humanos dudaron de las posibilidades de esa comisión. Estas dudas llevaron a monseñor Gerardi a promover una investigación paralela, cuyo resultado se hizo público el 24 de abril de 1998, con revelaciones realmente espeluznantes. Pocos días después, Gerardi fue asesinado. La lucha por el esclarecimiento de su muerte es el tema de la obra de Goldman. Interesante por lo que representa de manifestación de periodismo de investigación; por manifestar los efectos demoledores para la sociedad guatemalteca de tantas décadas de guerra (muertes, inmoralidad, impunidad, maras, etc.), y por forzar la pregunta sobre la dificultad —no la imposibilidad— de superar, una vez acabada la guerra, el carácter terrorista del Estado. Hay que tener en cuenta que gracias a la investigación de este crimen, con gravísimas dificultades y sorteando violencias de toda clase, se consiguió que el 25 de abril de 2007 tres hombres fueran condenados no como asesinos individuales, sino como coautores de un asesinato político perpetrado por el Estado. Nunca antes ningún oficial militar había sido, no ya condenado, ni siquiera juzgado por un crimen de derechos humanos en Guatemala. Es decir, queda un hueco para la esperanza, que agranda la obra de Casas Andrés. La persecución, «al mismo tiempo, hizo crecer la fe, elevó la identificación de la Iglesia con las mayorías populares, le dio credibilidad, aumentó su eco internacional y rompió los prejuicios con que los no religiosos miraban a la Iglesia. Esta situación favoreció que se viera la significatividad soteriológica no sólo de la lucha contra la injusticia, sino del mismo sufrimiento que las injusticias históricas provocan».

La obra de Casas insiste en la importancia de lo narrativo en la teología, y la necesidad de recuperar la teología narrativa como fundamento de la *tradición*. Desde esta perspectiva teórica, analiza a la Iglesia salvadoreña como comunidad narrativa centrada en torno a la *santidad martirial* de monseñor Romero, con interesantes observaciones sobre el personaje y a su pervivencia, afirmando la vitalidad de su actual presencia en la comunidad eclesial salvadoreña. El estudio de

la evolución de la Iglesia *popular* en torno a este caso es interesante contra todos aquellos que han insistido en que la Teología de la Liberación evita la imagen, tan europea, dicen, del Dios derrotado. «La multitud de miles de mártires anónimos masacrados por todo el país adquiere nombre propio en cientos de tradiciones recordadas en infinidad de comunidades cristianas salvadoreñas. [...] Hay un gran número de tradiciones de carácter local que confluyen en otras de nivel nacional (como las tres religiosas norteamericanas y una seglar asesinadas en 1980, o los mártires de la UCA, o incluso Rutilio Grandes), y estas, a su vez, se reconocen en el paradigma más abarcante de estas historias de testigos, la de monseñor Romero, verdadero centro de todas las tradiciones de los mártires en la Iglesia de El Salvador». De este modo, el pueblo se ve reflejado en los relatos de los mártires y, al mismo tiempo, reconoce en ellos la presencia salvadora de Dios; el recuerdo de los mártires se convierte en la memoria agradecida de que Dios no abandonó al pueblo a su suerte en medio de la precariedad extrema.

En último término, y aun a riesgo de identificarme peligrosamente con el periodista de la primera anécdota de esta ya larga nota bibliográfica, creo que merece la pena recordar la magistral obra de Vasili Grossmann *Vida y destino*, donde pone la esperanza en la *bondad sin sentido* que le hace ver claro «que lo humano es indestructible y que continúa viviendo en el hombre, incluso al borde de la fosa sangrienta».

BIBLIOGRAFÍA

- BATAILLON, G., *Génesis de las guerras intestinas en América Central*, México, FCE, 2008.
- CARDENAL, F., S.J., *Junto a mi pueblo, con su revolución*, Trotta, Madrid, 2009.
- CASAS ANDRÉS, R., *Dios pasó por El Salvador. La relevancia teológica de las tradiciones narrativas de los mártires salvadoreños*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 2009.
- GOLDMAN, F., *El arte del asesinato político. ¿Quién mató al obispo?*, Barcelona, Anagrama, 2009.
- SABINO, C., *Guatemala, la historia silenciada (1944-1989). Tomo I. Revolución y Liberación*, México, FCE, 2007, y Tomo II. *El domino que no cayó*, 2008.
- SANTOS, C., *Guatemala. El silencio del gallo. Un misionero español en la guerra más cruenta de América*, Debate, Barcelona, 2007.